

PINOCHET-KISSINGER Y VICEVERSA

Jordi Solé Tura

Mientras seguimos a la espera de la decisión de los lords británicos sobre la inmunidad de Pinochet están apareciendo documentos que demuestran la amplitud de los apoyos con qué contó el dictador chileno en el ámbito internacional y, sobre todo, entre los máximos dirigentes de los Estados Unidos en su acción represiva. Uno de ellos es el informe-minuta de la conversación que el Secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger mantuvo con el general Pinochet en el Palacio de la Moneda de Santiago de Chile el 8 de junio de 1976, desclasificado recientemente por la tenaz acción de la periodista norteamericana Lucy Komisar.

Es un documento tremendo. Kissinger se entrevista con el dictador en su propio despacho y le informa de que aquella misma tarde tendrá que pronunciar un discurso en la Asamblea de la O.E.A. sobre los derechos humanos pero que no se preocupe porque cuando se refiera a Chile pasará por alto toda posible crítica y se limitará a unas frases genéricas que no le comprometerán. "En Estados Unidos - le dice - como sabe simpatizamos con lo que está usted intentando hacer aquí. En mi opinión el gobierno anterior estaba abocado al comunismo. Le deseo lo mejor".

Tras darle las gracias, el general Pinochet se queja, sin embargo, de la libertad de movimientos que tienen en los Estados Unidos algunos de los exiliados y, más concretamente, protesta por las relaciones que el ex ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Allende, Orlando Letelier, mantiene con algunos miembros del Congreso norteamericano. Kissinger toma nota de la queja y no dice nada más pero unos meses después, el 21 de septiembre del mismo año 1976, la policía política de Pinochet opera abiertamente en Washington y asesina a Letelier haciendo explotar un coche bomba.

Ahora bien, la conversación entre el dictador chileno y Kissinger no gira sólo en torno a Chile sino que mezcla la situación chilena con la situación en España, unos meses después de la muerte de Franco, cuando está a punto de iniciarse la transición a la democracia en nuestro país. Para Pinochet y Kissinger, la muerte de Franco y los primeros pasos hacia un sistema democrático son, simplemente, el anuncio de un fuerte resurgimiento del comunismo en España, derrotado brillantemente por el mismo Franco cuarenta años atrás. Para Pinochet la muerte de Allende y la violentísima represión de aquellos años son "... una fase más del mismo conflicto que estalló en la guerra civil española. Y fíjese -le dice a Kissinger - que a pesar de que los españoles intentaron detener el comunismo hace cuarenta años, está resurgiendo de nuevo en el país". A lo que Kissinger responde: "Hace poco recibí al rey de España y hablé con él de eso, precisamente".

Este es el fondo de tan macabro asunto. Pinochet, como Franco años atrás, aniquilaron violentamente la democracia y lo justificaron identificándola con el comunismo. Y si los Estados Unidos convirtieron a Franco en aliado sin importarles lo más mínimo la destrucción de la democracia en nuestro país,

Pinochet le pedía lo mismo a Kissinger y éste entraba en el mismo juego: pactaba con Pinochet sin importarle nada la democracia en Chile.

Es cierto que la división del mundo en dos bloques después de la segunda guerra mundial lo redujo todo a unas coordenadas elementales – o con los unos o con los otros – que justificaban toda clase de barbaridades. Hoy conocemos las que se cometieron en el bloque soviético, ya desaparecido. Pero conocemos mal las que, falseando el nombre de la democracia, se cometieron en este lado, el llamado occidental. Chile y España fueron dos víctimas de aquella tremenda confrontación porque en nombre de ésta perdieron la democracia y sufrieron una espantosa represión. En España tardamos cuarenta años en superar las heridas y abrir paso a una reconciliación entre los supervivientes y entre éstos y las nuevas generaciones, pero estuvimos a punto de que Kissinger y los suyos identificasen aquel esfuerzo como una lucha más entre los dos bloques mundiales. En Chile todo es más reciente y, por encima de todo, su dictador ha seguido imponiendo su voluntad con evidentes restricciones de la democracia. Pero tanto aquí como allí todo se simplificó y se justificó como una contienda dura y elemental entre comunistas y anticomunistas en la que todo valía para aniquilar a estos últimos y en la que los gobernantes norteamericanos eran los protectores de toda una colección de dictadores, de asesinos profesionales y de verdugos a su servicio. Y no sólo actuaban sin escrúpulos sino que a algunos de ellos, como al propio Henry Kissinger, se les otorgaba el Premio Nobel de la Paz.

No sé cómo acabará el asunto de la inmunidad o la no inmunidad de Pinochet, pero lo que está en juego no sólo es la persona del dictador chileno sino también las responsabilidades de unos y otros por la destrucción de la democracia en nombre de la defensa de ésta. Los millones de personas que hemos sufrido y padecido esta destrucción tenemos derecho a que se nos recompense con la restauración definitiva e inequívoca de una democracia por fin transparente.



EL ARTÍCULO DEL DÍA

Jordi Solé Tura

Diputado y dirigente del PSC.

Pinochet-Kissinger y viceversa

EEUU nunca se ha preocupado por la democracia en otros países, sino que siempre se ha movido guiado por su cruzada anticomunista. Un informe hecho público ahora lo refleja en el caso de Chile

Mientras seguimos a la espera de la decisión de los lords británicos sobre la inmunidad de **Pinochet**, están apareciendo documentos que demuestran la amplitud de los apoyos con que contó el dictador chileno en el ámbito internacional y, sobre todo, entre los máximos dirigentes de EEUU en su acción represiva. Uno de ellos es el informe minuta de la conversación que el secretario de Estado norteamericano **Henry Kissinger** mantuvo con el general **Pinochet** en el Palacio de la Moneda de Santiago de Chile el 8 de junio de 1976, desclasificado recientemente por la tenaz acción de la periodista norteamericana **Lucy Kimisar**.

Es un documento tremendo. **Kissinger** se entrevista con el dictador en su propio despacho y le informa de que aquella misma tarde tendrá que pronunciar un discurso en la Asamblea de la OEA sobre los derechos humanos, pero que no se preocupe porque cuando se refiera a Chile pasará por alto toda posible crítica y se limitará a unas frases genéricas que no le comprometerán. "En EEUU -le dice-, como sabe, simpatizamos con lo que está usted intentando hacer aquí. En mi opinión el gobierno anterior estaba abocado al comunismo. Le deseo lo mejor".

Tras darle las gracias, el general **Pinochet** se queja, sin embargo, de la libertad de movimientos que tienen en EEUU algunos de los exiliados y, más concretamente, protesta por las relaciones que el exministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de **Allende**, **Orlando Letelier**, mantiene con algunos miembros del Congreso norteamericano. **Kissinger** toma nota de la queja y no dice nada más pero unos meses después, el 21 de septiembre del mismo 1976, la policía política de **Pinochet** opera abiertamente en Washington y asesina a **Letelier** haciendo explotar un coche bomba.

Ahora bien, la conversación entre el dictador chileno y **Kissinger** no gira sólo en torno a Chile, sino que mezcla la situación chilena con la situación en España, unos meses después de la muerte de **Franco**, cuando está a punto de iniciarse la transición a la democracia en nuestro país. Para **Pinochet** y **Kissinger**, la muerte de **Franco** y los primeros pasos hacia un sistema democrático son, simplemente, el

anuncio de un fuerte resurgimiento del comunismo en España, derrotado brillantemente por el mismo **Franco** 40 años atrás. Para **Pinochet**, la muerte de **Allende** y la violentísima represión de aquellos años son "...una fase más del mismo conflicto que estalló en la guerra civil española. Y fíjese -le dice a **Kissinger**- que a pesar de que los españoles intentaron detener el comunismo hace 40 años, está resurgiendo de nuevo en el país". A lo que **Kissinger** responde: "Hace poco recibí al Rey de España y hablé con él de eso, precisamente".

Éste es el fondo de tan macabro asunto. **Pinochet**, como **Franco** años atrás, aniquilaron violentamente la democracia y lo justificaron identificándola

con el comunismo. Y si EEUU convirtió a **Franco** en aliado sin importarle lo más mínimo la destrucción de la democracia en nuestro país, **Pinochet** le pedía lo mismo a **Kissinger** y éste entraba en el mismo juego: pactaba con **Pinochet** sin importarle nada la democracia en Chile.

Es cierto que la división del mundo en dos bloques después de la segunda guerra mundial lo redujo todo a unas coordenadas elementales -o con los unos o con los otros- que justificaban toda clase de barbaries. Hoy conocemos las que se cometieron en el bloque soviético, ya desaparecido. Pero conocemos mal las que falseando el nombre de la democracia, se cometieron en este lado, el llamado occidental.

Chile y España fueron dos víctimas de aquella tremenda confrontación porque en nombre de ésta perdieron la democracia y sufrieron una espantosa represión.

En España tardamos 40 años en superar las heridas y abrir paso a una reconciliación entre los supervivientes y entre éstos y las nuevas generaciones, pero estuvimos a punto de que **Kissinger** y los suyos identificasen aquel esfuerzo como una lucha más entre los dos bloques mundiales. En Chile todo es más reciente y, por encima de todo, su dictador ha seguido imponiendo su voluntad con evidentes restricciones de la democracia. Pero tanto aquí como allí todo se simplificó y se justificó como una contienda dura y elemental entre comunistas y anticomunistas en la que todo valía para aniquilar a aquéllos y en la que los gobernantes norteamericanos eran los protectores de toda una colección de dictadores, de asesinos profesionales y de verdugos a su servicio. Y no sólo actuaban sin escrúpulos, sino que a algunos de ellos, como el propio **Kissinger**, se les otorgaba el Premio Nobel de la Paz.

No sé cómo acabará el asunto de la inmunidad o la no inmunidad de **Pinochet**, pero lo que está en juego no sólo es la persona del dictador chileno, sino también las responsabilidades de unos y otros por la destrucción de la democracia en nombre de una pretendida defensa de ésta. Los millones de personas que hemos sufrido y padecido esta destrucción tenemos derecho a que se nos recompense con la restauración definitiva e inequívoca de una democracia por fin transparente.

